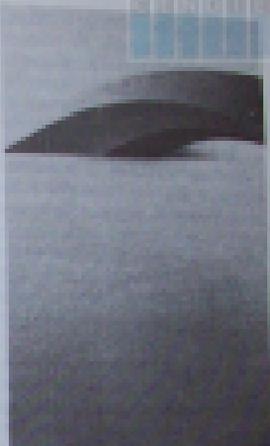


# Guillermo Enrique Hudson y su parque ecológico cultural

por Victoria Sforza

Guillermo Enrique Hudson fue un hombre que se preocupó por el mundo que lo rodeaba. Su espíritu de observación y su capacidad de análisis lo llevaron a descubrir y describir una gran variedad de especies animales y vegetales. Su obra más importante es el libro "Los animales argentinos", que se considera una de las obras más importantes de la historia de la zoología argentina. Hudson también fue un explorador y viajero, lo que le permitió conocer de primera mano el mundo que estaba describiendo. Su legado es un patrimonio invaluable para la Argentina y el mundo.

Se animó a preguntarle: Pasa Bradley: "¿Cuanto hace que no nos vea ni oírlo?". Por falta de tiempo, dijo: "Ni ganas ni ganas...". Y yo también se le dio un punto de vista más de conciencia: "¿Cuanto hace que no seamos la tierra? La nuestra, por supuesto. La evidentemente pampeana, hecha de suaves manotonías. Se inventa, nada más, porque hasta el punto: "Falta, que "sólo vía pampa y cielo", hablando en el pájaro, supe del árbol, comprendo la quietud de algún día...". Aun para Pardo, son eternos el libro. Concluyendo, la identidad de nuestra patria es simplemente sorprendente. Hace falta mostrarlo. Y entonces, la multitud en revelaciones que me



Detalle de la obra de Guillermo Enrique Hudson, mostrando un animal pequeño.

describen la obra. Victoria Sforza, la primera mujer de profes que hizo todos sus estudios en la Argentina, culminando con el grado de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires... la conferenciante, traductora... obra más de Guillermo Enrique Hudson, etimológica, biológica, el cielo y la tierra. Nuestra obra. Nuestra tierra. Porque conocemos nuestra personal "conciencia" después al conocimiento de nosotros mismos.

La creación de Hudson, la hermosa naturaleza a su día, la ve con generosa, todas presentas, con que Victoria Sforza argumenta esta inclinación... a la tierra.



Ahora que en materia educativa, la provincia de Buenos Aires afortunadamente ha vuelto los ojos a América, lo que significa reverenciar las tradiciones y al ser autóctono en lo que tiene de auténtico, procuremos que los escolares aprendan a amar nuestra pampa. Y no sólo porque ha sido cruzada por el indio, el conquistador, el colonizador y el gaucho. La pampa argentina tan mentada y tan bella, encerró, atesoró, todo cuanto debe ser conocido, por constituir nuestro pasado más inmediato.

Leer, por ejemplo, a Guillermo Enrique Hudson, es acercarnos a ese pasado menos alejado, el que existió en los comienzos de la Reorganización Nacional. Es recuperar el tiempo de la pampa con silencios grandes quebrados por el alarido del malón que se aproximaba al poblado o el alerante grito del chajá... Silencios interrumpidos, también, por el suave trino de un pájaro, el repicar de una serpiente... la mansa corriente de un arroyuelo.

La llanura se aprendía atendiendo a los cambiantes tonos del cielo, ya fuera cuando anunciaban un pampero violento o una tormenta de tierra, prólogo infalible del alivio de un aguacero.

Esa pampa soledosa y auténtica que Hudson conoció y absorbió durante los treinta y tres primeros años de su vida - vivida de espaldas a la ciudad - comenzó a ser explorada por el pequeño na-

cido en el viejo partido de Quilmes (hoy Florencio Varela), en la Estanzuela "Los Veinticinco Ombúes". Corría 1841. Luego el niño fue llevado más hacia el sur, hasta un lugar llamado "Las acacias" y que ubicaron geográficamente en 1974, gracias a una prolija investigación, el doctor Amestoy y el señor Lenz, con la participación del profesor Juan Carlos Lombán. "Las acacias" se encuentra en el partido de Brandsen, a la altura del Kilómetro 71/2 de la Ruta 2. Hudson se instaló en ese sitio a los cinco años y revive la mudanza con justeza y melancolía en "Allá lejos y hace tiempo". Un año después de afinado, iba a tener su primer petiso y, a partir de entonces y hasta la adolescencia, iría transformándose en un paisano, buen jinete, observador y callado.

Así, desde la infancia, nuestro autor se emociona con el canto de los pájaros, o el perfume de una flor. Y es su madre quien valora tal sensibilidad. De los seis hijos de ese matrimonio americano instalado en el país en 1836, Guillermo Enrique es el único que hereda de ella la pasión por la naturaleza.

Siempre sostenemos que la cercanía con la zona de las encadenadas, de la que la laguna de Chascomús es la más bella, tuvo extraordinaria fuerza cindeladora en el niño y el adolescente. Lo certifica la marcada preferencia por las aves acuáticas y sus cos-

tumbres y su colorido, manifestada inclusive en las andanzas por la campiña inglesa. Allá elegiría ubicarse junto a alguna acacia del Hyde Park, para contemplar los patos del Serpentine, o en Penzance, para estudiar durante horas - desde lo alto de su "observatorio" - el comportamiento de las gaviotas.

Pero es necesario reparar en que Hudson examinaba, con minuciosidad idéntica, tanto a los animales cuanto a sus congéneres. Basta leer "Tierra purpúrea", que tan brillante elogio le inspirara a Don Miguel de Unamuno con referencia a los logrados personajes femeninos. Es la misma novela que algunos argentinos denostaron tan sólo por no haber leído el final, en el cual hace decir al protagonista: "Adiós, hermoso país de sol y de tormentas, de crímenes y virtudes; que a los invasores que puedan llegar a tu suelo les vaya como a los del pasado (alude a las invasiones inglesas y a la República Oriental del Uruguay como lugar de acción) y que al cabo te dejen librada a tus propias modalidades que el caballeresco instinto de Santa Coloma, la pasión de Dolores, la amorosa bondad de Candelaria, sigan viviendo en tus hijos para iluminar sus vidas con el romance y la belleza; que la plaga de nuestra civilización no caiga nunca sobre tus flores silvestres, ni el yugo de nuestro progreso acollare a tus pastores... para transformarlos en los sombríos y serviles campe-

sinos del Viejo Mundo".

Parecidas apreciaciones merece "El ombú", donde Hudson hace desfilar personajes masculinos y femeninos que son un muestrario de los estamentos sociales que habitaban la pampa. Aparecen, así, desde el señor de campos y haciendas hasta el más humilde paisano, pasando por el cuchillero, el bribón, el bravo y sacrificado, los comandantes de frontera, los feroces y los sanos y valientes, el indio tranquilo y el malonero. Todos son presentados como seres humanos que viven y conviven en familia y hasta nos está permitido oler las especias que usaban las mujeres para cocinar, oír sus conversaciones y las de los hombres o participar del juego de los niños, ya paisanos, ya indiecitos. El escenario, en cada caso, es, naturalmente, el de sus más auténticas definiciones: la pampa.

Era necesaria esta apretada evocación de Hudson - un gaucho que vivió entre gauchos y que tanto amara, por ejemplo, Martín Estrada - para comprender la intención de este artículo.

Simplemente, procurar despertar, otra vez, la afición por la lectura de sus obras. Sería ése un camino para reencontrarnos con nosotros mismos, en lo que tenemos de querible con respecto al medio geográfico al que pertenecemos.

Asentado en el solar natal del escritor que nos ocupa y dependiendo de la Dirección General de Escuelas y Cultura de la Provincia, existe el PARQUE ECOLOGICO CULTURAL GUILLERMO ENRIQUE HUDSON.

Nació por el Decreto 7641 de 1957 como "Museo y Parque evocativo" y con el fin de dar difusión a la vida y obra de Hudson, legítimo representante de la pampa bonaerense. El Museo en cuestión tuvo su primera Dirección efectiva en 1964, se lo abrió al público tres años después y en 1980 obtuvo la denominación actual. Con ella se rendía un homenaje más ajustado a este autodidacto que fuera pionero de la ecología, en la Argentina, ya que siempre supo defender, porfiadamente, la necesidad de no alterar el equilibrio de la naturaleza.

El estudioso puede hallar, en el PARQUE ECOLOGICO... datos precisos acerca de la infatigable obra de Hudson. Conocer cómo, mediante la intervención de Germán Burmeister, el autor de "Allá lejos y hace tiempo" elaboró informes sobre las aves del Plata para enviarlos, en 1865, al Smithsonian Institution de Washington. Ello iba a posibilitarle la posterior relación con la Zoological Society de Londres. En los archivos del PARQUE hay copia de los mencionados documentos y constancias de las

muestras de pájaros que Hudson remitiera a otros países para enterarlos de la belleza de nuestras especies. Existe, además, una abundante bibliografía referida a las críticas que merecieron los libros que escribiera a partir de 1885, cuando ya había fijado su residencia en Londres.

EL PARQUE ECOLOGICO CULTURAL GUILLERMO ENRIQUE HUDSON ofrece, entonces, todas las oportunidades de conocimiento para los estudiosos. Pero también debieran asumirse a este "solar natal", el profano, el escolar, el lector curioso. Comenzarán a comprender, de ese modo, cómo no fue difícil que un niño sensible deviniera en un observador prolijo, escrupuloso, extremadamente lúcido. Disfrutarán de una clase dedicada a los viandantes y de una visita guiada por el Museo y el Parque.

Imposible cerrar estas consideraciones sin apelar a algunos de los libros de G.E. Hudson que, entiendo, suponen una fuente interesante y amena a la que atinadamente pueden recurrir los educadores para despertar en los alumnos:

**Ya el amor a la naturaleza**, por ejemplo, a través de la descripción de un habitante ya casi extinguido en nuestras pampas: la vizcacheta. La leemos en "Un naturalista en el Plata":

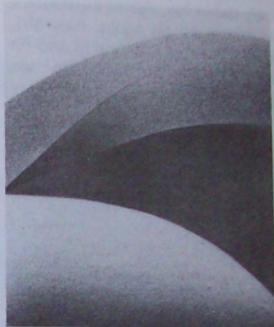
"La vizcacheta es quizá el más característico de los roedores de la América del Sud... Vive en la pampa bonaerense, en sociedades constituidas por veinte o treinta miembros. El poblado se llama vizcachera y se compone de doce o quince madrigueras o bocas... En invierno no es frecuente que las vizcachas dejen sus madrigueras hasta el anochecer, pero en verano salen antes de la puesta del sol. Cuando alguien se acerca de frente, no se mueve pero observa al intruso con una indiferencia audaz..."

Este es apenas un fragmento del capítulo titulado "Biografía de la vizcacheta", considerado el mejor estudio existente sobre el tema.

**Ya la ternura por las cosas sencillas**, mediante las elocuentes descripciones de la vida diaria. Como ésta, extractada de "El ombú":

"La espaciosa cocina está alumbrada por dos o tres velas colocadas en tazones de grasa derretida y por un gran fuego en el centro del piso de tierra arcillosa, el cual arrojaba multitud de danzarinas sombras sobre las paredes y llenaba todo el ambiente con un grato calorcillo. De la pared pendían muchas cabezas de ciervos y de sus útiles cuernos colgaban riendas y lazos; ristras de ajos y cebollas, ramas de hierbas secas y otros objetos diversos. Asándose sobre el fuego había un churrasco y en una enorme olla

suspendida por un gancho y una cadena desde la viga del centro, ennegrecida por el humo, hervía y borboteaba, llena de caldo de oveja, lanzando blancas nubes de vapor que olían a sabrosas hierbas y semillas de comino..."



**Ya... la emoción al descubrir la respuesta del eco... o del mal causado impensadamente.** En "Un niño perdido":

"... unas bandurrias levantaron vuelo, cada una lanzando un grito repetido varias veces. Al momento, cuál no sería la sorpresa de Martín al escuchar su propio grito y el coro de ja, ja, jaes, repetido por cientos de voces por todo el lago..."

Cada día él llevaba hasta la laguna algún elemento que produjese ruido para sorprender al eco. Cuando se hubo cansado de todos estos sonidos, súbitamente recordó que su padre tenía una escopeta y era la cosa más ruidosa del mundo...

... - Ahora, pajarillos. no saben ustedes qué susto les voy a proporcionar, lea, a volar! El rugido del atronador estruendo del arma viajó por toda la laguna produciendo una gran conmoción. Los ecos habían cesado y ya regresaban todos los pájaros asustados a asentarse en las aguas. Pero ahí, frente mismo a él, yacía uno de los pájaros espátula, agitando sus grandes alas rosadas contra el

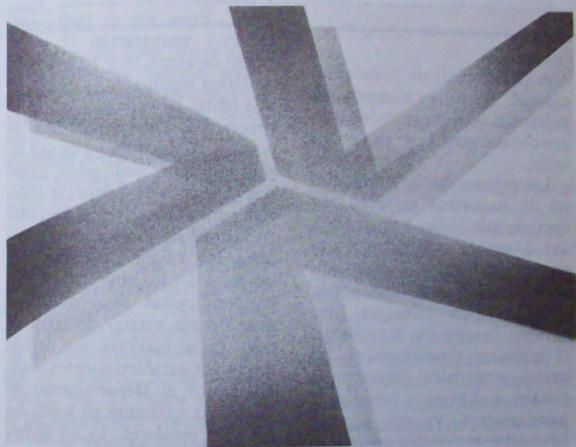
suelo... Estaba desangrando por las heridas que le causara el arma. Martín se sentó a su lado y comenzó a llorar... Lo tomó en sus brazos tiernamente y lo besó. Le besó su cabeza verde, sus alas rosadas... - Oh, pájaro querido, sollozó, abre tus alas y aléjate volando - . ¡Pero estaba muerto!

Apenas párrafos, de la obra de Hudson. Pero... ! cuánto trasuntan...!

## El cooperativismo escolar

En escuelas de discapacitados.

por María Eugenia Varas de Ferrante



El cooperativismo, como doctrina, es, sin duda, una pedagogía moral. Porque los tres principios de acción que lo sustentan — colaborar, ayudar, contribuir — no son sino traducciones de un valor esencial: la solidaridad.

“Operar con”, ése es el sentido. Y entonces, no hay cabida para el egoísmo — otra exacerbación del individualismo —. Y queda desterrada la indiferencia, ésa que tan siniestramente nos enseñaron durante la historia reciente de los argentinos.

Las consideraciones de la profesora María Eugenia Varas de Ferrante, especialista en el tema y reconocida inclusive por la UNESCO (“Primer Simposio Internacional de la Cooperación escolar”, París, 1979), acaso se constituyan en un nuevo acceso a la comprensión de la democracia. Porque... ¿cómo concebir la puesta en acto de una “filosofía de la ayuda mutua”, fuera del marco republicano?

El cooperativismo en la escuela... pero, de discapacitados. Doble mensaje.